

¡ Yo soy de Barranquitas... !

por LUIS MARTÍNEZ

I

Mi hermana descolgó su retrato. Yo quité el último cuadro: Un paisaje marino en que un sol de fuego llenaba de luces el agua. Mamá los guardó en una enorme caja. La sala quedó desnuda. Sin muebles. Sin cortinas. Parecía el cadáver de lo que había sido aquel lugar para nosotros: Alegre, claro. Lleno de flores y de música.

Mamá ahogó un suspiro entre los dientes. Elena se apoyó en la pared y sacó su pañuelo. Yo me senté encima de un baúl y me tapé la cara con las manos. Mi madre se volvió, enérgica:

—¡Vamos! ¡Basta de tonterías! ¡Bendito! ¡Cualquiera pensaría que me he muerto...!

—No eres tú... Pero nuestra casa parece haberse muerto...

—¡Ustedes son como los palos! ¡Echan raíces donde quiera! ¡Después de todo, vamos a mejorar! ¿Qué nos ofrece Barranquitas? ¡Trabajo! ¡Trabajo! En Ponce estaremos mejor. Tu padre ganará más... ¡Además, podrán ir a un buen colegio... Y aprovechar mejor el tiempo...!

—Es que son quince años viviendo en esta casa. Aquí nacimos Elenita y yo... Aquí, entre estas paredes, está algo muy hondo de nosotros mismos... Yo no me sé explicar... Pero cada vez que quito

un cuadro, saco un mueble, me parece que me estoy arrancando algo muy dentro de mí mismo...

—¡Bendito! La vida está donde uno gana más y se halla mejor...

—No sé...

—Son necedades... Pero, ya comprendo... Tu hermana llora, no por dejar la casa, sino por el nene ése tonto, que se trae entre manos... Tú, por la Carmita ésa, que te trae al revés...

—No mamá... Hay algo más...

—¡No! Y te lo repito, José Luis, Carmen no te conviene. Conozco a su madre... Coleccionó novios como si fueran sellos de correos... Y la hija es igual...

—¡Por Dios! ¡Mamá!

—No la disculpes... La cabra siempre tira al monte...

II

Próximos a partir, me fui a despedir de Carmita. Ella me esperaba, con los ojos tristes, en el balcón. La casa parecía desolada. Caía la tarde. Una luz pobre la envolvía.

—¡Por fin llegas! ¡Creí que te ibas a ir sin despedirte!

—¡Imposible!

—A veces pienso que no volverás más por Barranquitas... No te queda nadie aquí...

—Me quedas tú...

—Tus familiares se han ido para Ponce. Tus abuelos, tus tíos... Ahora, ustedes... Parece que odian a este pueblo.

—No... Yo lo quiero. Aquí nací. Y aquí te tengo a ti... Pero mis padres creen que en Ponce estaremos mejor... Y ellos desean nuestro bienestar...

—¡Son ingratos!

—Porque nos vayamos no vamos a dejar de recordar a Barranquitas... ¡Somos de aquí y a mucha honra!

—No lo parece...

—No te enfogones... Yo no tengo la culpa. Mis padres son los que deciden. Por mí me hubiera quedado siempre aquí... ¡Me da un dolor separarme de ti!

—José Luis... ¿de veras que me quieres?

—Mucho... No sé cómo decírtelo... Las palabras no me salen... Pero... si tú me faltaras, yo no podría vivir... No sé... preferiría

que se apagase el sol, que el agua dejara de correr... ¡Tú eres para mí algo más que la luz, que el aire...! ¡Eres la vida!

Ella se apoyó en mi pecho. La noche había caído. El balcón quedó en sombras. La calle desierta. Sin saber cómo, la apreté contra mí fuertemente y la besé en la frente. Ella me ofreció sus labios...

III

Al llegar a Ponce me sentí como en una cárcel. Me gustó la ciudad. Ya la conocía. Ibamos frecuentemente. Pero, no sé, casi no podía respirar. La imagen de Carmita no se me borraba. Sentía, despierto o dormido, su boca en la mía. Era mi primer beso de amor. Ella me había descubierto un mundo nuevo con sus labios.

Empecé a ir al Colegio Ponceño. Pero no lograba concentrarme. El maestro explicaba. Y mi mente vagaba. Abría el cuaderno y no veía las palabras. La cara dulce de Carmita llenaba las páginas. Hojeaba el libro y al detenerme en un capítulo, sólo veía brillar su boca fresca.

Le había prometido volver a Barranquitas a los quince días. Pero no fue posible. Tuvimos que pintar la nueva casa, arreglarla, acomodar nuestras cosas. Por fin, al cumplirse el mes, un domingo de sol, tomé un «público» y me llegué a mi pueblo querido. Carmen no me esperaba. Había verbena. La gente se arremolinaba en la plaza llena de júbilo. Me llegué hasta su balcón a buscarla.

—Está en la verbena... —me dijo su madre sonriente.

Casi me eché a correr para llegar pronto. El corazón me daba brincos en el pecho. La vi de lejos. Iba de azul. Con un traje vaporoso y alegre. La acompañaba un joven que yo no conocía.

—¡Carmita!

—¡José Luis!

—¡Qué alegría verte! ¡Pensé encontrarte en tu casa! ¡Tenemos tanto que hablar...!

—Perdóname... pero no sé si lo conoces... Es mi novio: Carlitos Colón... de Fajardo...

—¿Tu novio?

—Sí... Nos queremos mucho... Es muy bueno...

—Pero...

—Perdóname, José Luis... Pero tenemos que bailar esta pieza. Cuando vuelvas por Barranquitas conversaremos... Ya te mandaré la invitación para mi boda...

—No comprendo... ¿Bromeas?
—¿Broma? ¡No! ¡Bendito!
—¿Lo duda usted? —interrumpió Carlos muy serio.
—No sé... Es que... No sé... Me parece que...

Se alejaron sonrientes. Ella me dijo adiós con la mano. Yo me quedé paralizado. Perdí la noción del tiempo, del espacio. Fue como si me aplastaran muy dentro. Quise decir algo y la voz se me quebró en un sollozo.

IV

Durante varios días no pude rehacerme. Iba al Colegio. Pero no entendía ni asimilaba nada. Sólo tenía frente a mis ojos, en mi pensamiento, llenándome todo, la imagen de Carmita que, se me ensombrecía. Mis compañeros se dieron cuenta. Sobre todo Pepe.

—¿Estás enfermo?

—No.

—¡Te pasa algo! ¡No aciertas! ¡Siempre te equivocas! Hay momentos en que parece que estás fuera del mundo...

—Yo soy así...

—Vamos esta noche a la plaza. Hay retreta. Te voy a presentar a unas amigas...

—No puedo...

—Vente. Verás qué bien lo vamos a pasar. Además tienes que olvidar a Barranquitas. Me parece que tú no sabes más que pensar en tu pueblo...

—¡Lo odio!

—¡No te entiendo! Siempre dijiste que lo querías mucho... Que te gustaba más que Ponce...

—Me equivoqué...

—¿Por qué?

—Porque ahora que lo conozco más, sé que hay mucha gente mala por allá... ¡Gente sin corazón!

—¡Qué tonto eres! ¡Bien se ve que eres poeta! ¡Corazón! ¡Qué importa el corazón!

V

Me convencieron. Por la noche fui a la retreta. La plaza estaba llena. La gente se paseaba alrededor con una sonrisa. Al rato, llegaron mis compañeros.

—¡Qué puntual eres, José Luis!

—¿Sí?

—Mira, ésta es mi amiga Martica Lloréns y ésta, Rosarito Nazario...

—Mucho gusto...

—Me ha dicho Pepe que tú eres de Barranquitas... —aclaró Rosarito.

—Sí... Yo soy de Barranquitas...

—Es un pueblo precioso...

—¿Le gusta?

—Me encanta... Allí tengo una amiga que quiero mucho...

—¿Sí?

—Carmencita Figueroa... ¿La conoce?

—Sí... No... ¡No! —vacilé como un tonto. Pero el segundo «No» lo pronuncié con fuerza.

—Es una muchacha encantadora... Me hace unas cartas que me muero de risa...

—Deben ser muy graciosas...

—No tiene secretos para mí... Ahora anda con un muchacho maravilloso, Carlitos Colón, de Fajardo... Por cierto de muy buena familia... Tal vez se casen pronto...

—¡Qué suerte!

—Me dice que antes tuvo un novio poeta... ¡Un mequetrefe! ¡Jamás me he reído tanto como leyendo las cartas en que me lo describe...

—Deben ser divertidas...

—Suponte que le decía cosas extrañísimas... Palabras que ella nunca supo de donde las sacó... Yo tengo para mí que no andaba muy bien de la cabeza...

—¡El pobre!

—¡Nada! ¡Un mequetrefe! ¡Yo quisiera conocerlo! ¡Cómo me iba a reír!

Y rió con una risa fresca y clara. Yo me mordí los labios. Sentí que se reía de mí. El pecho se me oprimió. Los ojos se me nublaron.

—Con perdón... otra noche nos veremos...

—¿Se va?

—¡Sí!

—¡Bendito! ¡No se vaya! ¡Quédese!

—¡Lo siento!

—Déjalo —dijo mi compañero— la gente de Barranquitas es así...

—Tiene razón —interrumpí yo con amargura—: ¡Yo soy de Barranquitas! —y me perdí entre la muchedumbre...